

Reseñas

Laurence Moulinier-Brogi; Marilyn Nicoud, eds. Écritures médicales. Discours et genres, de la tradition antique à l'époque moderne. Lyon-Avignon: CIHAM Éditions; 2019, 390 p. ISBN 978-2-9568426-0-6. 38 €

El laboratorio francés Ciham UMR 6548, que aglutina un grupo nutrido de investigadoras e investigadores en las ciudades de Lyon y Aviñón, pertenecientes a diversas universidades y el CNRS, y que está liderado por las profesoras Laurence Moulinier-Brogi y Marilyn Nicoud, ha sido un eje fructífero y altamente productivo en cuanto a la historia de la medicina medieval se refiere, una de entre sus muchas líneas de investigación. El libro que reseñamos es un buen ejemplo de ello. La mayoría de los autores que aportan sus trabajos a este volumen son reconocidos por su amplia trayectoria investigadora y la calidad de sus trabajos. Su objetivo, en este caso, ha sido abordar algunos de los diferentes géneros que fueron utilizados particularmente en el mundo medieval —aunque el título del volumen parezca indicar otra cosa— para tratar temas de carácter médico.

Ya en la introducción del libro se plantea la dificultad para definir qué es un género en medicina y cuáles son sus rasgos configuradores. ¿Depende de la unicidad del objeto examinado? ¿Queda clarificado el género en el título y reafirmado por el autor? ¿Existía una clasificación previa en la cabeza de los autores que les permitía escoger la tipología más adecuada a sus intereses? ¿O era más bien una cuestión dilucidada *a posteriori* por lectores, copistas y editores? De hecho, hubo una literatura médica compuesta —como afirman los autores de sus artículos— con una finalidad eminentemente práctica (orina, pulso) o social (venenos) difícil de reconocer como género literario en sí misma, que más bien tomó un conjunto de modelos o géneros diversos para desarrollarse.

La introducción del libro plantea otro problema de gran interés: la noción de autor. Si el autor no fue un mero repetidor de prácticas codificadas y enseñanzas rígidas, si su aportación e inventiva son reales, las particularidades para discernir los rasgos propios del género serían aún mayores. Y en este sentido resulta de gran interés tener en cuenta los contextos culturales e institucionales en los que se inscriben las obras médicas.

La inmensidad oceánica de la literatura médica y su gran complejidad obligó a desarrollar una gran variedad de tipologías textuales. A veces la estrategia

fue poner orden, buscando reunir, reorganizar o aclarar muchos asuntos que resultaban opacos a través de la voz de las grandes autoridades. Otras, había que resolver cuestiones particulares relacionadas con la práctica cotidiana o de un momento en concreto, como una epidemia. No es lo mismo escribir un consejo a un paciente individual que a una comunidad, ni producir una sesuda digresión teórica sobre el movimiento de un humor que explicar una técnica quirúrgica precisa. Tampoco se puede proporcionar la información de la misma manera a un médico novato que a uno consagrado, y menos aún a un público profano, como las autoridades de una ciudad o un simple usuario de recetas médicas en el ámbito doméstico. Así pues, el autor tenía que elegir en función de sus intereses, preferencias personales y objetivos qué estrategia discursiva era la más adecuada para su propósito. El volumen y la complejidad de la medicina, en su sentido más amplio, forzaba a encontrar estrategias memorísticas y mnemotécnicas que ayudaran a hallar solución a un problema de la práctica cotidiana de la forma más rápida y eficaz posible. Con esta finalidad, la poesía se convertiría así en un género muy utilizado en medicina. Pero también había que elegir en qué lengua escribir, en latín o en vernácula. Los públicos que podían acceder a una u otra variaban notablemente.

Así, un apretado sumario de autores y temas sería el siguiente. Danielle Jacquart plantea la elección del género según la personalidad e intereses del autor, sin constricciones institucionales o circunstanciales, con un interesante muestrario de textos seleccionados y traducidos donde se aprecia esta voz del autor médico. Joël Chandelier trata de los comentarios médicos en el marco italiano, como género donde se impuso una gran libertad y donde reinó una gran variedad de términos para referirse a él). Laetitia Loviconi analiza las *Practicae*, una manera de estructurar y elaborar los saberes teóricos y prácticos de la medicina, como respuesta a las dificultades de los practicantes para elegir los conocimientos precisos requeridos, o cómo pasar de lo general a lo particular, de la teoría a la práctica. Marilyn Nicoud se ocupa de los *Consilia* médicos a pacientes, un acto comunicativo que acabó siendo registrado y leído por otros, con una conservación muy diversa y gran plasticidad en su uso. Michael McVaugh nos presenta la *Tabula*, una manera ideal de organizar el conocimiento médico, tanto en el mundo árabe como el latino; un género muy valorado en el siglo XIII que se abandonó o quedó como apéndice en el XIV. Franck Collard plantea la extraordinaria riqueza y difusión de los escritos sobre venenos en un contexto de miedo generalizado a las intoxicaciones entre la sociedad; un género incierto que da respuesta a una inquietud más social que intelectual. Laurence Moulinier-Brogi aborda la inmensa literatura dedicada a la urología, instrumento diagnóstico fun-

damental en el galenismo. Nicoletta Palmieri hace lo propio con la ciencia del pulso, género entre la teoría académica y la práctica clínica. Mireille Ausécache nos presenta la poesía médica como instrumento mnemotécnico. Jon Arrizabalaga trata de los géneros médicos en la primera imprenta. Y Joël Coste, de la evolución de los géneros literarios médicos entre los siglos XVI y XIX, concretada en las *Observations*, o estudios de casos, con un elenco de 52 repertorios de casos particulares.

Si bien la inmensa variedad de los géneros médicos no puede ser objeto de un estudio exhaustivo en un único volumen, lo cierto es que este libro consigue profundizar magistralmente en algunos de ellos, sin duda porque los autores de los trabajos son grandes conocedores. El resultado es un volumen extraordinariamente rico y sugerente que permite poner de relieve —y en un cierto orden— un mundo textual complejo y variadísimo, que es evidencia del valor que tuvo la medicina para sociedades como la medieval y la moderna. ■

Carmel Ferragud

Instituto Interuniversitario López Piñero - Universitat de València

ORCID: 0000-0002-9756-9257

■ **Víctor Navarro Brotons.** Jerónimo Muñoz. Matemáticas, cosmología y humanismo en la época del Renacimiento. Valencia: PUV; 2019, 324 p. ISBN 978-84-9134-439-1. 20 €

The Valencian Jerónimo Muñoz (d. 1591) was sixteenth-century Spain's leading astronomer. Not only was he a rigorous teacher, a curious observer, and an accomplished mathematician, he also thought deeply about how celestial phenomena he witnessed challenged two millennia worth of speculations about the nature of the heavens. As this biography shows decisively, Muñoz was a leading exemplar of 'scientific humanism', bringing together many disciplines that made up the study of nature in the Renaissance: mathematics, astronomy, astrology, geography, cartography and natural philosophy. As a professor of Hebrew in his native Valencia and later at the Salamanca, he understood that the biblical narrative was an important component of the astronomical tradition. This book is a synthesis of over forty years of exquisite historical research and publications on Muñoz's life and work by renowned professor and historian of science, Víctor Navarro Brotons.

The book is divided into six chapters and includes four appendices of selected translations from the Latin of Muñoz's most important works, particularly as they relate to the astronomer's more unorthodox cosmological theories. The first chapter is a brief biographical profile highlighting his education in Spain as both mathematician and Hebraist, and also his later studies with Oronce Finé in Paris and Gemma Frisius in Louvain in astronomical instrumentation and cartography. By 1565, Muñoz was teaching mathematics and Hebrew at the University of Valencia, later taking a prestigious appointment at Salamanca in 1578. Muñoz only published four books. Two were destined for pedagogy: a primer on the mathematical principles of astronomy (1566) and a Hebrew grammar (1585). The other two were astronomical: the most important on the nova of 1572 and another on the lunar eclipse of 1577. The brief book on the nova, *Libro del nueva cometa* (1573), earned him fame throughout Europe and was often cited in the astronomical debates concerning the «new star». Yet, as Navarro explains, Muñoz felt slighted by his book's reception at the Spanish court and this made him keep his more ambitious projects out of print. Luckily, two important works survived as autograph copies: a commentary on the second book of Pliny's *Natural History* and an extensive, annotated translation of Theon of Alexandria's commentary on Ptolemy's *Almagest*. The rest of his works seem to have circulated in Spain and Europe as student copies of textbooks written as part of his teaching duties. The book's second chapter explores Muñoz's pedagogy in detail and is an excellent introduction to mathematics and astronomy curricula at early modern universities. An important part of this curricula—no doubt driven by Spain's geographical expansion—was cosmography and cartography. Muñoz drew a map of Valencia that found its way to Ortelius's *Theatrum orbis terrarum* (1584/85). Navarro's detailed study of this map (prepared in conjunction with Vicente Salavert) clearly shows that Muñoz carried out the topographical measurements himself.

Chapters 3 and 4 turn to Muñoz's astronomy and natural philosophy. Muñoz's observational and theoretical work tackled some of the more pressing cosmological ideas of the time: the existence of crystalline celestial spheres, the material composition of the heavens, the order of the planets, and of course, the Copernican theory. Navarro uses the two commentaries cited above and Muñoz's extensive annotations to outline the Valencian astronomer's unorthodox cosmological ideas. Muñoz, writing in the humanistic tradition, included extensive surveys of ancient and contemporary cosmological ideas in his annotations, which Navarro explains and situates within sixteenth-century astronomical debates. While Muñoz was intimately familiar with *De*

revolutionibus, even reworking some to Copernicus's proofs and correcting some computational errors, he remained unconvinced by the Polish astronomer's claim concerning the movement of the earth and heliocentrism. Instead, he was convinced that celestial crystalline spheres were fiction and that the heavens were corruptible and filled with an airy medium that gradually rarefied toward the edge of the cosmos. The planets moved around an immobile earth at the center of the cosmos, «as fish in the sea or birds through the air that surrounds the earth» (p. 176). Furthermore, the appearance of planetary movements could be saved by imagining them rotating in spirals from east to west. When this unorthodox astronomer observed the nova of 1572, he was willing to let 'natural reasons,' rather than prevailing Aristotelian notions determine how he interpreted the phenomenon. Muñoz's observations indicated that the new star did not have parallax, leading to conclude that it was, in fact, a comet but celestial in origin and nature and not, as was the received knowledge about comets, a terrestrial exhalation. As Navarro explains, Muñoz was committed to putting forth a naturalistic explanation, rather than labeling it a miracle as many of his contemporaries did (p. 136).

This book should become essential reading for anyone interested in early modern astronomy and related fields. It is also a fantastic introduction to the state and status of the mathematical and astronomical disciplines in sixteenth-century Spain and how these were taught at universities. Each chapter is nicely contextualized, whether thematically or by providing brief biographies highlighting the significance of Muñoz's sources and disciples. While some historical material is repeated in multiple chapters—an unavoidable result of the book's genesis as a synthesis of works published elsewhere—this actually helps the chapters stand alone well. The selections in the appendices highlight Muñoz's more novel ideas and makes these primary sources easily accessible to historians today. Victor Navarro's astronomical expertise and technical analysis of the Muñoz's work —increasingly rare in histories of science today— shows the added depth this type of expertise can bring to historical studies. ■

María M. Portuondo

The Johns Hopkins University
ORCID: 0000-0002-6124-2818

Louise Bourgeois. *Midwife to the Queen of France. Diverse observations.* Translated by Stephanie O'Hara. Edited by Alison Klairmont Lingo. Toronto, Ontario: Iter Press; Tempe, Arizona: Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies; 2017, XIX + 451 p. ISBN: 978-0-866-98576-5. 59,95 \$

Durante los siglos XVII y XVIII, al menos quince mujeres, matronas de profesión, publicaron libros de obstetricia en diversas lenguas europeas. Algunas de ellas, y muchas otras, se expresaron igualmente de forma escrita a través de diarios, panfletos, folletos o anuncios. Con sus textos, las autoras dieron a conocer su destreza en el oficio y la especificidad de su saber, al tiempo que refutaban las críticas de cirujanos y médicos e intentaban preservar para las mujeres una práctica por la que los cirujanos estaban demostrando un interés creciente.

Louise Bourgeois, matrona de la corte de Francia entre 1600 y 1626, fue la primera de todas ellas, con la publicación en 1609 del primero de los tres volúmenes de su *Observations diverses sur la stérilité, perte de fruit, fecondité, accouchements et maladies des femmes et enfants nouveaux naiz*, cuya edición crítica y primera traducción completa al inglés es el objeto de esta reseña. La obra íntegra vio la luz por primera vez en 1626 y fue reeditada varias veces y traducida al alemán, al flamenco y parcialmente al inglés antes de acabar el siglo XVII (p. 48). Bourgeois fue la única mujer autora de libros sobre el embarazo y el parto del mundo moderno hasta que vieron la luz, ya en el último tercio del siglo XVII, tres obras más de autoría femenina publicadas, respectivamente, en inglés (Jane Sharp, 1671), francés (Marguerite de la Marche, 1677) y alemán (Justine Siegemund, 1690). Durante ese mismo periodo, vieron la imprenta en Francia 28 libros de partos firmados por médicos o cirujanos (Lingo, en *Dynamis*, 1999).

El trabajo de traducción de Stephanie O'Hara y la edición de Alison Lingo se basan en el texto de 1626, que nunca antes había recibido una edición crítica. En 1992, la mítica editorial feminista Côté-Femmes, especializada desde hacía tres años en la reedición de clásicos no misóginos o de autoría femenina publicados en francés, publicó de forma incompleta la edición de 1652, lo que supuso una notable aportación al feminismo académico de fin de siglo, a pesar de sus debilidades historiográficas y, a juicio de O'Hara, también lingüísticas (pp. 72-73).

A lo largo de los tres volúmenes de su obra, Louise Bourgeois, da cuenta de su conocimiento sobre el embarazo, parto, lactancia, enfermedades ginecológicas y algunas enfermedades generales, sobre la base de su experiencia, que en 1609 alcanzaba a dos centenares de casos. Incluía procedimientos diagnósticos,

maniobras técnicas y numerosas recetas, que ampliaría en ediciones posteriores. Gran parte del volumen 2 es un relato autobiográfico, además de una crónica de su trabajo en la corte. Incluye un capítulo de consejos a su hija, matrona en ciernes, que es considerado como el primer manual de conducta profesional escrito por una matrona, y no por médicos, cirujanos o clérigos como fuera habitual. En sus páginas, discute las distintas formas de enseñanza para llegar a ser matrona, cuestiona la invasión de los cirujanos, critica la incompetencia de algunas matronas y muchos cirujanos y defiende el valor de la práctica frente a la teoría, a la vez que propugna la división de tareas médicas, asignando el parto a las matronas. El volumen 3 presenta un par de casos y una serie de remedios y recetas para tratar varios males, no todos ellos ginecológicos.

La introducción de Alison K. Lingo enmarca muy bien la vida y la obra de la autora sobre la base de su propia indagación historiográfica y de una rica bibliografía, donde no faltan las aportaciones fundamentales de estudiosas expertas en esta autora, entre ellas Wendy Perkins y Bridgette Sheridan, quien publicó en *Dynamis* (1999) un artículo al respecto. Lingo enmarca esta obra en el contexto del humanismo médico y de la *querelle des femmes*, debate este último al cual Louise Bourgeois contribuyó rebatiendo en varias ocasiones la inferioridad fisiológica de las mujeres o su ineptitud para el estudio y la práctica de la obstetricia.

En el subapartado dedicado a la obra (*The writings*), la editora analiza el contexto de producción, repasando la estructura y retórica del texto, los agradecimientos y apoyos recibidos, el contexto profesional y la vida social y reproductiva de las mujeres en una época en la que los nacimientos ilegítimos, infanticidios y abortos ponían tanto a las mujeres como a las matronas en un lugar de especial vulnerabilidad. En el apartado biográfico (*Life and times*), Lingo revisa la forma en la que aflora la vocación de la autora, sus conflictos con algunas matronas contemporáneas de élite, sus éxitos y ascenso al puesto de matrona de la corte y su caída en desgracia en 1627, consecuencia de la muerte de la cuñada del rey tras el parto que ella atendió. Especialmente interesantes me han parecido las páginas dedicadas al estudio de recepción y circulación del texto (*Reception and afterlife*) entre los siglos XVII y XXI, desde la primera cita recibida pocos días después de la publicación del primer volumen en 1609, en el libro de un diarista de la corte, hasta las publicaciones más recientes del feminismo académico, sin olvidar las primeras historias de las mujeres en la medicina, como la *Histoire des femmes médecins* de Melanie Lipinska de 1900 (pp. 46-57).

Un fabuloso Glosario de *Materia Medica* (pp. 313-387), una guía sobre las ideas de Bourgeois sobre salud y enfermedad (pp. 58-65), índices, algunas ilustraciones comentadas y una pléyade de notas de la editora y la traductora a

lo largo del texto facilitan y contextualizan la lectura y consulta de este libro excepcional. La narración de Louise Bourgeois, alumbrada por la hermosa interpretación de Stephanie O'Hara y los precisos comentarios de Alison K. Lingo, constituye una historia fascinante para cualquiera que, leyendo inglés, disfrute con los textos modernos y la buena literatura. ■

Teresa Ortiz

Universidad de Granada

ORCID: 0000-0003-0499-6178

■ **Fernando Serrano Larráyo.** Graduados en Medicina por la Universidad de Irache (1613-1769). Arre-Pamplona: Pamiela (colección Universitas); 2019, 379 p. ISBN 978-84-9172-125-3. 22 €

En la historiografía de la universidad benedictina de Irache no había ninguna obra cuyo tema central fuera su facultad de medicina y sus estudiantes. Los trabajos anteriores dedicados a esta universidad se habían enfocado en el otorgamiento de grados («Los grados de la Universidad de Irache», de Rafael y Pedro Ramis, 2018); en sus orígenes («Orígenes de la Universidad de Irache», de José Goñi Gaztambide, 2008); en el inventario de su archivo (*El monasterio y la Universidad de Irache: inventario del archivo (siglos XVI-XIX)*, de Alfredo Simón Pérez, 2002); en un catálogo de graduados para el periodo de 1613 a 1630 (*Catálogo de graduados en la Universidad de Irache (1613-1630)*, de Luis María Miranda, 1984); y en la historia del monasterio y la universidad literaria (*Historia del monasterio y de la Universidad literaria de Irache*, de José Ibarra, 1939).

Por otra parte, hace ya algunas décadas que desde la perspectiva historiográfica universitaria se elaboraron trabajos sobre los estudiantes de medicina de las consideradas universidades mayores castellanas. Para la de Salamanca, se puede consultar la obra *Escolares médicos en Salamanca* de Teresa Santander Rodríguez (1984); para la alcalaína, *La facultad de medicina en la Universidad de Alcalá de Henares* de Luis Alonso Muñozerro (1945); y para la vallisoletana, *Bachilleres médicos graduados en la Universidad de Valladolid (1546-1870) con datos de sus licenciamientos y doctoramientos*, de Amalia Prieto Cantero (1974). En este mismo sentido, en la historiografía de las universidades de la Corona de Aragón, ha tenido gran relevancia la de Valencia, cuya facultad médica gozó de gran prestigio

entre los siglos XVI y XVIII; sin embargo, los únicos recuentos del estudiantado médico de esta universidad son un par de capítulos de María Ascención Lluch dedicados al siglo XVIII.

En el mismo rubro de facultades médicas, pero de universidades menores, hay también un par trabajos que han hecho importantes aportaciones al estudio de sus poblaciones estudiantiles: la de José Vicente Frías Balsa («La facultad de medicina de la Universidad de Osma», 1995) y la de Javier Sanz Serulla (*Historia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sigüenza*, 1987). Por último, cabe destacar el caso de la Real Universidad de México con los trabajos de Guillermo Fernández de Recas (*Real y Pontificia Universidad de México. Medicina. Nómina de bachilleres, licenciados y doctores, 1607-1780. Guía de méritos y servicios, 1763-1828. Documentos del Archivo General de la Nación*, 1960) y el más reciente, del autor de esta reseña («La comunidad de la facultad de medicina de la Real Universidad de México en los siglos XVI y XVII a través de las fuentes de archivo», 2012). Pero todavía hoy faltan trabajos serios y escrupulosos sobre diversos temas, tales como los estudiantes universitarios, el papel de las universidades menores dentro de la Monarquía española, la propia historia de la Universidad de Irache, y la formación y otorgamiento de grados en las facultades de medicina.

Por todo lo anterior, el libro de Fernando Serrano Larráyo es una aportación que sin duda contribuirá a llenar algunos huecos en los campos de la historiografía de las universidades hispánicas y de la medicina durante el Antiguo Régimen, pues, como bien apunta el mismo autor, este libro pretende ser una pieza más en la reconstrucción de ese *puzzle* que es la historia total de las universidades.

El trabajo de Serrano Larráyo es un meticuloso recuento de los grados de medicina que la Universidad de Irache concedió entre los años de 1613 y 1769. La obra consta de un estudio preliminar, cuatro anexos y una relación de graduados y reprobados en la facultad de Medicina entre 1613 y 1769. En el estudio preliminar, el autor da un marco general en el que se abordan los temas sobre la cuestión historiográfica de la universidad, la concesión de grados durante los siglos XVII y XVIII, los estatutos de la Universidad, las procedencias geográficas de los estudiantes de medicina y algunas reflexiones acerca de las trayectorias profesionales de los médicos graduados en Irache. Por su parte, los cuatro anexos muestran el origen geográfico de los graduados en medicina, las universidades en las que habían estudiado, el número total de grados en medicina otorgados por la Universidad de Irache y una alegación de esta universidad ante el Consejo de Castilla sobre el modo en que se concedían los grados. En tanto, en la relación de graduados y reprobados en la facultad de medicina, que ocupa la mayor

parte del grueso del volumen y que contiene 1481 entradas organizadas alfabéticamente, se transcriben datos de relevancia sobre los alumnos, tales como fecha de graduación, origen geográfico, grados obtenidos, temas de la defensa del examen de grado y nombres de los testigos y del secretario presentes en la graduación. Toda esta información ha sido extraída del acervo de la antigua Universidad de Irache, localizado actualmente en el Archivo General de Navarra.

El estudio de la concesión de grados en medicina Universidad de Irache cobra relevancia no solo por su connotación de universidad menor, sino también por la controversia que se generó a partir de una real pragmática de 1617 que exponía:

«Que por quanto somos informados que de rresevir los estudiantes los grados de bachilleres, que es el ynportante, y con él se les da lisençia para curar por algunas universidades, donde no se lee ni ay cátreas de medicina, como son Yrache, Santo Tomás de Ávila, Osma y otras universidades semejantes, donde no se lee medeçina continuamente, y con ganar un curso en las unibersidades grandes llevando un testimonio los graduaban y açían bachilleres, y con eso se yban a curar sin tener çiençia ni experiencia. Mandamos que de aquí en adelante no se pueda dar grado de bachiller en ninguna unibersidad a ningún estudiante, sino fuere en las tres unibersidades principales o en las que por lo menos aya tres cátreas, de prima, de vísperas y la tercera de cirujía y anatomía, que entreañas a dos cosas puede el catedrático de cirugía leer en sus tiempos».

Cabe recordar que Irache nunca tuvo en funcionamiento cátedras en medicina, es decir, su papel se supeditó solo a otorgar grados en esta disciplina. Y, como se puede apreciar en la cita anterior, no era la única universidad que llevaba a cabo esta cuestionable práctica. En la época era común que todas las universidades incorporaran, es decir que revalidaran, los grados y los cursos obtenidos en otras universidades. En el Antiguo Régimen, existía la diferencia entre las escuelas —donde se impartían los cursos— y los cuerpos colegiados, que tenían potestad para conceder grados. En algunas ocasiones este caso fue transitorio, por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XVI, la Real Universidad de México expidió grados al por mayor a universitarios llegados del otro lado del Atlántico en tanto el estudio lograba una consolidación colegiada e institucional. Pero hubo otros casos, como los referidos en la real pragmática, en que se llegó al extremo de otorgar grados en condiciones cuestionables y poco claras. A las universidades que solían dar grados de forma relajada se les denominaba menores y sus características eran tener un número corto de cursantes,

pocas cátedras y cursos, y el otorgamiento de grados a bajo coste. Estos estudios siempre estuvieron bajo sospecha, cuestionados por lucrarse con la expedición de grados. No obstante, falta profundizar en las probables razones que permitieron la existencia y tolerancia de estas universidades durante el Antiguo Régimen. Por ello, y para no caer en generalizaciones, son necesarios estudios particulares, como el que ahora presenta Serrano Larráyo. Su libro permite mirar a la facultad de medicina de la universidad de Irache bajo el microscopio histórico-social. De esta forma ahora es posible apreciar los orígenes geográficos y sociales de sus graduados, la relativa facilidad de las pruebas para obtener los grados y el bajo coste de estos. Sin duda esta aportación ayudará a tener un mejor entendimiento del papel de las universidades y de la medicina académica dentro de la Monarquía hispánica. ■

Gerardo Martínez Hernández

Universidad Nacional Autónoma de México

ORCID: 0000-0003-0544-8122

Paula Findlen, ed. Empires of knowledge. Scientific networks in the Early Modern World. London-New York: Routledge; 2019. 394 p. ISBN: 978-1-138-20712-7. 43 €

Cuando nos ponemos a reflexionar sobre la etiqueta «Edad Moderna» (o su equivalente inglés *Early Modern*), rápidamente se impone la imagen de una Europa que, durante los siglos XVI al XVIII, se erige en protagonista de una serie de eventos y transformaciones que acabaron engendrando una nueva configuración de un mundo, que, a partir de entonces, se vio notablemente aumentado y devino infinitamente más complejo. A continuación, a través del mismo relato simplificador, nos adentramos en un escenario efervescente, de pululantes novedades e informaciones. Una realidad alimentada por los europeos —o al menos por aquellos que pertenecían a los círculos cerrados de la llamada República de las Letras—, quienes, comprometidos con el ejercicio de la razón y de la fe, deseaban alcanzar el poder que derivaba de la posesión del conocimiento.

Prisioneros de este relato, los historiadores se mostraron prácticamente unánimes a la hora de relacionar la modernidad con el surgimiento del conocimiento científico, o literalmente de la ciencia, en la Europa de la Edad Moderna. La

métrica puede parecer simple, pero la cuenta no se cierra. De la misma manera que pudimos, sin mucho esfuerzo, visualizar el escenario descrito anteriormente, también tendemos a pensar en la ciencia como un producto europeo, pero de alcance aparentemente universal. En otras palabras, la ciencia en la primera modernidad es tratada como una voz cuyo eco resonó al unísono en las cuatro partes del mundo y que, talmente como un *boomerang*, siempre regresaba al lugar donde se lanzó, independientemente de los caminos tomados desde su puesta en marcha. Es decir, Europa habría sido tanto la propulsora como la receptora de las informaciones recopiladas para la producción del conocimiento científico.

Este tipo de interpretación ya no es sostenible. Si consideramos la ciencia como causa y efecto de todas estas agitaciones, podemos entenderla, por definición, como una «colección de actividades», un concepto acuñado por Harold Cook en sus observaciones sobre los «imperios del conocimiento». Actividad implica acción, por lo que concluimos que el movimiento es, como sugiere Carla Nappi, el elemento *sine qua non* de la ciencia. Si asumimos que la ciencia está compuesta de acción y de movimiento, eso implica necesariamente la participación de un sinfín de personajes, espacios, ideas, materiales y propósitos, que viajaron de manera asimétrica y no fluida, múltiple y no unidireccional, por las veredas del conocimiento. En este sentido, la historia necesita nuevos enfoques, nuevos planteamientos metodológicos capaces de superar esa categorización fija de los agentes del conocimiento, que tiene como punto de partida la antigua dicotomía entre centro y periferia, representados por Europa y el resto del mundo, respectivamente.

El volumen colectivo, editado por Paula Findlen, es, en este aspecto, tanto una invitación como una apelación al desafío de revisar la historia, devolviéndole la plasticidad que, durante tanto tiempo de rigidez, le fue extraída. Para aceptar este reto, la autora estadounidense se rodea de un equipo compuesto por otros quince expertos que, sin privilegiar ningún enfoque específico, demuestran que el estudio de las redes puede ser una alternativa metodológicamente sofisticada y un campo intelectual animado, flexible y prometedor. Dividido en cuatro partes, distribuidas en un total de trece capítulos principales y tres contribuciones más breves y provocativas que componen el epílogo del volumen, los capítulos están elaborados como artículos independientes, aunque mantienen como hilo conductor el énfasis en las redes, ya sean políticas, comerciales, intelectuales o sociales, que surgieron con la emergencia de la era moderna.

En efecto, a pesar de la diversidad de los estudios de caso analizados, los capítulos coinciden en destacar las redes locales y regionales como indispensables para la producción y circulación del conocimiento científico. Las redes, tal como

las entiende Kapil Raj, interpretadas como *espacios de circulación*, se convierten en herramientas mucho más democráticas y, por lo tanto, más adecuadas para un análisis que pretende ser global, en el sentido de ser inclusivo, sin resultar en una simple re-paginación del persistente modelo orbicular y universal de interpretación histórica. A través de estos espacios, la idea de centro se reemplaza por la noción de centralidad, un recurso que neutraliza los elementos exclusivos de la unidad, reposicionándolos en ejes principales, que pueden o no estar interconectados entre sí. Esto confiere a las redes una capacidad autosuficiente para producir y hacer circular el conocimiento, sin pasar necesariamente por el escrutinio de aquellos que ocupaban posiciones legítimamente reconocidas como centrales. La inclusión de comunidades «nativas» o de regiones «periféricas», tanto externas a Europa como internas, permea todos los capítulos del volumen y refuerza la urgencia de considerar personajes, conocimientos, prácticas y actividades marginados como responsables de producir conocimiento y no solo como meros receptores, intermediarios o fuentes de información en bruto para ser pulida por los consabidos expertos europeos.

En parte, el sesgo aún notable entre los historiadores es consecuencia, sobre todo, de la complejidad y de las carencias de las fuentes históricas disponibles hasta ahora. La prioridad otorgada a los documentos escritos en idiomas modernos, especialmente los europeos hegemónicos, es, por sí misma, selectiva y capaz de permitir una lectura, al menos, limitada. Es por eso que muchas investigaciones, incluidas algunas de las presentadas en este libro, utilizan testimonios menos habituales, como la correspondencia epistolar o, incluso, cuando los documentos no pueden proporcionar datos satisfactorios debido a numerosos factores, como el exceso de hibridación, por ejemplo, están abiertas a huir de lo común, buscando respuestas en 'agentes' hasta ahora improbables, como las plantas, tal como Londa Schiebinger nos muestra en su interesante capítulo sobre una especie americana, el origen de cuya aplicación en la medicina no resulta fácil de definir.

En conclusión, la información, los materiales y el conocimiento producido con ello recorrieron caminos diversos, en múltiples direcciones que, a veces, se cruzaban y, otras veces, tomaban direcciones opuestas, y cuyos actores podían compartir experiencias en una red, a la vez que estaban activos en otras totalmente independientes, ejerciendo funciones completamente distintas en cada una de ellas. Por lo tanto, quizás la característica más representativa de las redes es la insostenibilidad de la clasificación, ya que los ejes se reconfiguraron a medida que cambiaban los intereses de los agentes involucrados. Frente a una maraña de pequeños vasos capilares que se ramificaban a partir de arterias y venas

de diferentes calibres, la teoría de redes aparece no solo como una alternativa bienvenida, sino también, como señala Rachel Midura, necesaria para ayudar a reintroducir esta gran mayoría ausente, escondida por tanto tiempo en la historia del conocimiento en la Edad Moderna. ■

Julianna Morcelli-Oliveros

ORCID: 0000-0003-0576-3827

Alexander von Humboldt. Political Essay on the Kingdom of New Spain. A Critical Edition. Edited with an introduction by Vera M. Kutzinski and Ottmar Ette. Translated by J. Ryan Poynter, Kenneth Berri, and Vera M. Kutzinski. With annotations by Giorleny Altamirano Rayo, Tobias Kraft, and Vera M. Kutzinski. 2 vols. Chicago-London: The University of Chicago Press; 2019. 585 + 633 p. ISBN 978-0-226-65138-5. 65 €.

In 1808 Alexander von Humboldt began publishing a treatise on New Spain, Madrid's richest colonial territory centered around what is today Mexico, where he had spent almost twelve months in 1803. He wrote it in French, followed by German and English editions, and ultimately arrived at no less than six volumes with all together fourteen chapters. A full Spanish translation, which Humboldt partially revised himself, was provided by Vicente González Arnao in 1822.

This new English edition encompasses over 1000 densely printed pages of text and is part of the series «Alexander von Humboldt in English». The latter already includes the German naturalist's *Essay on Cuba* and his *Views of the Cordilleras*, which complement Humboldt's important *Essay on the Geography of Plants*, also by Chicago University Press. The translation is based on the second, revised French version of 1825-27 and surpasses all previous foreign-language renderings: it is linguistically elegant, does justice to Humboldt's terminology, and applies great precision in retaining the original tables. The editorial team around Vera Kutzinski, a distinguished literary scholar, has added a list of the literature used by Humboldt himself and posted it on the press's website, which also hosts annotations of more than 460 pages that focus on the naturalists, explorers, physicians, and alike whom Humboldt referenced in the main text. Readers are guided, too, to the digitalized, «geographical and physical» *Atlas of*

New Spain of 1811, in which Humboldt offered detailed maps and graphical representations of the territory.

This edition constitutes a milestone in the current process of rediscovering the indefatigable researcher from Prussia: it makes a largely forgotten opus accessible and allow us to re-examine Humboldt's analysis of society around 1800. At times in a repetitive and convoluted style, Humboldt described no other country in such depth and with such acumen. Not only did he tackle the difficulties in mapping New Spain and sketching its geography, but he also went to great length to explain demographic developments as well as social and ethnic differences. Humboldt looked at the features of the separate «intendancies» created in 1786 as part of the Bourbon reform and explored —with too much optimism, as we know today— the potential of the regional agriculture. Incessantly providing statistical data, he immersed himself into the prospects of the oligarchical mining sector, manufacturing and trade. Equally intriguing are his observations on infectious diseases, especially the *vómito prieto* —the Yellow Fever—, which he rightly understood as a medical as much as social challenge, his caution coupled with fascination about establishing a channel between the Pacific waters and the Caribbean Sea, and his warnings about excessive deforestation.

But what to make of Humboldt's approach two centuries later? The editors leave aside the relevant historiography (or any references to the secondary literature, for that matter, even in the annotations.) Instead, they depict Humboldt as a model we should embrace in today's global age. Their approach is not the same as Andrea Wulf's with her claims about Humboldt «inventing nature». Yet, heroic narratives take various shapes. The volume presents Humboldt as the «undisputed [!] father» of no less than «modern geography, early American studies, transatlantic cultural history, and environmental studies», and a man who made «signature contributions» to fields as diverse as political science and engineering (pp. xiv-xv). Accordingly, he «revolutionized» in his writings about the tropics «the ways in which Europeans thought and still think about the New World», was grounded in «steadfast democratic beliefs» and fueled by a «humanitarian fire» (pp. xv-xvi, xxv). That's a lot, especially for a man who was aware of his limitations, who knew how much he relied on others, understood that all knowledge is temporary, and cherished what he saw as the advantages of constitutional monarchies.

It all depends on the perspective, methodology, and whether we see in «Humboldt» primarily a text and an ideal type of thinking (in the Weberian sense of the word), or try to understand Humboldt's analytical potential and limita-

tions, ideas and repercussions, as the outcome of specific intellectual, political and social contexts. Ever since Hanno Beck, Juan Ortega y Medina, and Donald D. Brand, as well as Manfred Kossok, Michael Zeuske, Lutz Raphael, Jürgen Osterhammel, Jorge Cañizares-Esguerra, Jeroen Dewulf, Ursula Klein, Miguel Ángel Puig-Samper, and Sandra Rebok, historians have shown that Humboldt was steeped in the traditions of the late Enlightenment and German-style Cameralism, depended on Jesuit and Creole knowledge, tapped into various sources of indigenous South-American as much as European knowledge, and underwent different phases of appreciation in South America and Spain.

This hybridity —to read this edition from a historical perspective— accounts for some of the most striking features of Humboldt's analysis of New Spain: it reflects the transition from the late mercantilism, well known to Humboldt from his years as a mining inspector in Prussia in the 1790s, to a more dynamic and global understanding of domestic and trans-continental economies. In fact, *New Spain* demonstrates that Humboldt moved toward the concept of «political economy», a key term that he often mentions in the text, as advanced by Adam Smith and Thomas Malthus. One would need to add that Humboldt concluded the second edition *after* the chain reaction that led to the collapse of Spain's empire and new South American nation-states. However, there are only very few moments when Humboldt mentioned these developments in his volumes, which retained the pre-independence imprint and only occasionally build in more recent data. Even the indirect references to the slave rebellion on Saint-Domingue, or what we call today the Haitian Revolution, which broke out prior to Humboldt's arrival in the Americas, remain sparse and cautious.

Moreover, I would suggest that Humboldt revealed in *New Spain* a fundamental epistemological dilemma that science was facing in the Age of Revolutions: the search for precision was accompanied by the acknowledgment that exactly this precision remained impossible, as Humboldt realized soon in his efforts to map Mexico. With astonishing candor, he revealed the discrepancy between one's «trust in numbers» (Theodore M. Porter), to which he himself contributed in his obsessive collection of data, and the confession that «mechanical objectivity» (Daston/Galison) was illusionary. That, too, makes this gargantuan study important and worth being read anew.

The materials presented in this edition will enable scholars to continue pursuing important questions pertaining to such discrepancies and, more generally, to the nexus between knowledge-making, social context and individual agency. This process will contribute to historicizing Humboldt, this extraordi-

narily versatile researcher and writer, as well as the societies he encountered and tried to understand. ■

Andreas W. Daum

State University of New York at Buffalo

ORCID: 0000-0003-3124-7439.

■ **Renée Wolcott, ed.** Art, science, invention. Conservation and the Peale-Sellers Family. Philadelphia: American Philosophical Society Press; 2019, 174 p. ISBN 978-1-60618-081-5. 37 \$

Aunque con frecuencia desapercibido, el trabajo de las profesionales de la conservación y la restauración es necesario no solo para preservar el patrimonio cultural, sino también para facilitar que otros lo podamos consultar, estudiar y exponer. Se trata de un saber bañado con los tintes del arte y de la ciencia; y por ello a las autoras de este volumen les parece que su oficio tiene mucha relación con los Peale, aquella singular familia de artistas y coleccionistas que contribuyeron a forjar y popularizar la identidad cultural del nuevo país americano en torno al 1800. En efecto, este libro plantea un capítulo señalado de la historia de la ciencia mediante el acercamiento particular a los trabajos de conservación precisos para preparar los materiales de una doble exposición. Desde 2014, las autoras del libro, conservadoras del museo y de la biblioteca de la American Philosophical Society de Filadelfia, dirigieron los trabajos que dieron como resultado dos exposiciones entre los años 2017 y 2018: «Curious revolutionaries: the Peales of Philadelphia», en el museo, y «Conservation and the Peale-Sellers Family Collection», en la biblioteca. Ambas pueden ser vistas aún, parcialmente, en la *web* de la mencionada sociedad filosófica de Filadelfia.

El libro que reseñamos utiliza estas exposiciones para explicar cómo se elabora desde el área de conservación un proyecto de investigación dirigido a todos los públicos. En otras palabras, cómo acercarse al objetivo de crear un discurso expositivo teniendo en cuenta las dificultades que, en términos de conservación, entrañan los objetos de colecciones tan diversas como las de los Peale. Esta aproximación permite ver otras caras de una historia de la ciencia polifónica, pues abre la puerta a un conocimiento más extenso sobre las prácticas del coleccionismo: cómo se creó, desarrolló y «terminó» una colección; cómo

se organizaron y preservaron los materiales; cuáles fueron los procedimientos para establecer unos regímenes de exhibición públicos. Otra puerta es la de las prácticas profesionales en bibliotecas, archivos y museos, pues no solo se plantea cómo se definen las fronteras conceptuales y prácticas de los oficios relacionados con la preservación de las colecciones, sino también qué ocurre y cómo se toman las decisiones en las salas de reserva, de depósito o de restauración. Unos y otros asuntos permiten ubicar este modesto libro en la encrucijada de las preocupaciones actuales en ciertos ámbitos de la historia de la ciencia y de las perspectivas de trabajo conocidas como *museum studies* o *critical heritage studies*.

El libro arranca con un análisis somero del significado de las prácticas de conservación y su ubicación en una cronología que ha pasado de depender del mundo del arte y de los oficios artesanales de la preservación a una variada diversidad de materiales —tan rica como imposible de delimitar— y a una introducción progresiva de la ciencia y la técnica de los materiales y, por tanto, de la profesionalización de las prácticas, así como de la historia de la producción y usos de los materiales. Una preocupación que se observa ya en los orígenes de la colección de los Peale, que compartieron recetas con el fin de preservar sus animales disecados de la acción de ciertos agentes nocivos. Parece pertinente una reflexión sobre la existencia de la conservación preventiva, tanto en los museos como en los planes de estudios universitarios sobre patrimonio. Mientras en los museos este ámbito de trabajo obliga a una gran inversión —hasta que no se produzca una racionalización mancomunada de estos servicios—, en las universidades se sigue vendiendo la idea de transferencia de conocimiento hacia un sector, el del turismo cultural, que genera pingües beneficios. Sin embargo, en tiempos de «museología neoliberal» —en expresión afortunada de James Delbourgo—, esto es de recortes en los presupuestos y «liberalización» de las condiciones de trabajo, la conservación preventiva, y también la supervivencia de las propias colecciones pone de manifiesto la fragilidad del patrimonio y la vulnerabilidad de sus profesionales. Es trágico el recuerdo del colapso de Carillion, la empresa privada hacia la que se «externalizó» el mantenimiento de las colecciones del British Museum en 2018 o, aún peor, el incendio del Museo Nacional de Rio de Janeiro ese mismo año.

El resto del libro se dedica a explicar las dos exposiciones citadas desde la perspectiva de la conservación y, dada la biografía y las colecciones de los Peale, las autoras muestran la intervención con material muy diverso: correspondencia, dietarios, libros, óleos, bustos, fotografías, etc.

La exposición del museo se centra en las actividades de aquella singular familia, capitaneada por Charles W. Peale, artista, coleccionista, patriota y re-

volucionario, transformador de las prácticas públicas del museo y forjador de cultura popular. Casado y viudo en tres nupcias consecutivas, Peale influyó de manera decisiva en los supervivientes de sus 17 hijos. De nombres augustos (Rafael, Tiziano, Rembrandt, Rubens, Benjamin Franklin, Elizabeth, Anna Claypoole, Sara Miriam, Sophonisba...), todos ellos enriquecieron y ampliaron el Peale Museum de Filadelfia mediante sus habilidades como naturalistas, exploradores y coleccionistas, en taxidermia, arqueología, pintura, grabado y miniatura o en la gestión de las exposiciones itinerantes por Europa y de las nuevas filiales del museo en Baltimore (1814) y Nueva York (1825). Ellos fueron los que mantuvieron vivo el negocio, que mezclaba educación y entretenimiento, tras la muerte del padre (1827) y hasta la crisis empresarial (1848) que los llevó a la subasta de la colección (1854). Buena parte de la documentación y de la galería de retratos se quedaron en instituciones de Filadelfia, la colección de *naturalia* y *artificialia* fue comprada por los empresarios del espectáculo Moses Kimball y Phineas T. Barnum —y pereció años después pasto del fuego—, mientras que unos pocos objetos quedaron en los museos de Harvard y de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia.

Una parte importante de la restauración de papel se centró en la publicidad del museo: billetería, guías y cartelería. En otro caso, la restauración de una carta de Rubens Peale a Mrs. Morrison, de Tennessee (1815), donde se solicita cualquier objeto curioso de un estado todavía poco explorado, permite acercarse a esas prácticas del coleccionismo en las que participa toda la familia. Las restauradoras hicieron frente a los problemas creados por la acidez de la tinta ferrogálica y por la celulosa en un documento con un diseño de cabecera que invoca el «libro de la naturaleza» que levanta la cortina para dejar ver el mundo. Se trata de un grabado coloreado por Elizabeth Peale que prefigura el famoso autorretrato de su padre, «The artist in his museum» (1822). Un problema químico semejante se planteó para estabilizar dos libros de siluetas (*profile books*) de 1803 y 1820, que permiten ver las edades, vestidos y peinados de los niños, mujeres y hombres visitantes del museo. El interés de los Peale por el conocimiento útil los llevó a hacerse con el «fisiognógrafo», del cual su esclavo Moses William se convirtió en experto manipulador. En una estrategia comercial original, los Peale fabricaron y vendieron perfiles de los Padres Fundadores, así como un recuerdo para sus visitantes (a razón de 8 centavos por persona, para unos 8.000 visitantes por año en aquellas décadas).

La exposición de la biblioteca, por su parte, se centró más en la documentación en papel de las familias de Charles Peale y Nathan Sellers. Este fue otro patriota, un fabricante de papel que puso su conocimiento al servicio de la na-

ción y de sus bancos, y que casó a uno de sus hijos con Sophonisba Peale. Junto a esta relación, la exposición se fijó en las ubicaciones de los museos en las tres ciudades mencionadas, dando cuenta de ello a través de los inventarios del alcance de la colección (en 1814, tenían en Filadelfia 269 pinturas, 1.824 pájaros, 250 cuadrúpedos, 135 reptiles y 650 peces) y de sus estrategias museológicas. El resultado de la intervención llevada a cabo en el libro de Rembrandt Peale, *Account of the skeleton of the Mammouth* (Londres, 1802), es tan sorprendente como imperceptible a primera vista. Se trata del documento que explica la excavación y desentierro parcial de tres mastodontes en Nueva York (1801) por una empresa de los Peale y su montaje, equivocado, de dos esqueletos completos —uno para la sede de Filadelfia y otro para itinerar por Europa. La pieza y el libro generaron gran atención del público, formando parte de la controversia científica sobre geología y religión. Su restauración supone una aportación en el combate contra el olvido.

No hay ninguna razón que lleve a pensar en el carácter impercedero de una colección, de un archivo o de una biblioteca. Buena parte de los recursos que utilizamos para escribir historia son muy vulnerables y están sometidos a condicionantes de todo tipo. La restauración y la inversión en sus prácticas, tal y como muestra este librito, no sólo contribuye a la disposición en buen estado de cada pieza, sino también a la reconstrucción de una historia, la de los Peale, que sufrió el embate de aquellos condicionantes hasta la desaparición de la mayor parte de su colección. ■

Alfons Zarzoso

Museu d'Història de la Medicina de Catalunya

ORCID: 0000-0003-1263-0571

■ **Andrea Graus.** Ciencia y espiritismo en España, 1880-1930. Granada: Editorial Comares; 2019, 134 p. ISBN: 978-84-9045-898-3. 14 €

Este libro trata sobre la relación tormentosa entre la ciencia y el espiritismo; o mejor, de la relación que unos hombres de ciencia (pues siempre fueron hombres) establecieron con unas médiums (casi siempre fueron mujeres) para probar o refutar las tesis espiritistas. Estas tesis o postulados espiritistas provenían de la doctrina propuesta por el intelectual y escritor francés Hippolyte Léon Denizard

Rivail (1804-1869), conocido como Allan Kardec. La idea principal de esta doctrina, aquella que los científicos trataron de probar o refutar, fue que todos los fenómenos que se producían en las sesiones espiritistas (ruidos, levitaciones de objetos, golpeteos rítmicos, escritura automática, materializaciones corpóreas, etc.) estaban causados por espíritus descarnados que se comunicaban de esta manera a través de la médium.

El libro comienza con una pequeña introducción donde la autora nos advierte que, aunque el libro se centra en España, no estamos ante una historia local, ya que los científicos españoles estuvieron fuertemente influenciados por las teorías francesas en torno a la mediumnidad (desde el automatismo psicológico de Pierre Janet a la metapsíquica de Charles Richet) y fue bajo estos referentes desde donde articularon sus investigaciones.

A partir de esta introducción, el libro se divide en cuatro capítulos y un brevísimo epílogo final. Los capítulos están muy bien estructurados, todos tienen una extensión similar, poseen numerosos apartados que ordenan y facilitan la lectura y el texto está completado con numerosas, pero no excesivas, notas a pie de página.

Por otra parte, cabe destacar la excelente edición del libro, desde el papel utilizado, la maquetación del texto, la distribución de las imágenes, etc. Estas cuestiones pueden parecer baladíes pero son muy importantes, ya que una pésima edición de una excelente investigación puede dificultar mucho su lectura. Esta buenísima labor editorial, junto con el estilo narrativo limpio y directo de Graus, hacen que este libro sea idóneo tanto para especialistas académicos como para el público en general.

En todos los capítulos se nos narra la interesante —a veces intrigante— relación establecida entre un científico y una médium. Sin embargo, estamos ante relaciones muy diferentes entre sí, por lo que cada capítulo puede leerse como una forma de acercamiento al estudio científico del espiritismo. Relaciones que siempre estuvieron mediadas por la inicial postura epistemológica del científico ante la doctrina espiritista, su posterior desarrollo ante los «hechos» observados en la sesión espiritista y el contexto familiar o social más cercano que rodeaba a la médium y que influía enormemente en la forma de entender o vivir su mediumnidad; nunca fueron relaciones horizontales, sobra decirlo. El perfil de las médiums que aparecen en el libro de Graus es el de una mujer joven, de un nivel social bajo, obviamente sin educación formal o informal, muchas de ellas analfabetas. En muchos casos, estas médiums eran controladas, manipuladas y patrocinadas por protectores hombres, ricos e ilustrados adeptos a la doctrina espiritista; en otras ocasiones, eran «demonizadas» y/o «patologizadas» dependiendo de si la familia acudía en busca de ayuda al sacerdote o al médico.

En el primer capítulo, se nos cuenta el papel crucial que tuvo el joven médico español Manuel Otero Acevedo (1865-1920) en relación con la posterior fama que adquirió la médium italiana Eusapia Palladino (1865-1920), que gozaría de gran popularidad y se convertiría en una renombrada médium que fue reclamada para su estudio por importantes hombres de ciencia como Frederic W.H. Myers (fundador de la *Society for Psychical Research*), Marie Curie, Julian Ochorowicz o Cesare Lombroso, entre otros. En este sentido, la historia de Manuel Otero y la médium Palladino es tan interesante y jugosa, tanto para los historiadores de la ciencia como para un público más amplio, que uno se sorprende de no haberla leído o escuchado antes.

El segundo capítulo trata del caso de la médium Teresa Esquius (n. 1876) que fue a la consulta del doctor Víctor Melcior i Farré (1860-1929) porque estaba poseída por un espíritu llamado Teresita. Si Manuel Otero trató de conseguir pruebas de la existencia de los espíritus con diferentes impresiones en planchas de arcilla (caras y huellas de manos y pies) conseguidas a través de Palladino, Víctor Melcior, por su parte, hipnotizó a Teresa con el objetivo de estudiar a Teresita y finalmente conseguir que este espíritu (personalidad subconsciente según Melcior) desapareciera. Estamos pues ante dos posturas epistemológicas muy diferentes ante el mismo hecho: Otero Acevedo buscaba pruebas o hechos de la existencia de los espíritus; Melcior i Farré buscaba eliminar el sufrimiento patológico de Esquius.

El tercer capítulo trata de la agria controversia entre el astrónomo catalán Josep Comas i Solà (1868-1937) y un grupo de espiritistas liderados por Antonio de Sard, poniendo de manifiesto las profundas tensiones que hubo entre aquellos que querían un estudio de laboratorio de las sesiones espíritas y los que abogaban por la libertad de acción de la médium (en este caso Carmen Domínguez) argumentando que todo tipo de control impuesto podría dar al traste con la sesión o contaminar los «hechos». En este sentido, solo aquellos que habían estudiado la doctrina de Kardec, habían asistido a muchas sesiones espíritas y tenían experiencia tratando con médiums podían considerarse dignos evaluadores de cualquier fenómeno ocurrido en una sesión.

El cuarto y último capítulo del libro se ocupa de la metapsíquica, que puede entenderse como la respuesta de aquellos que pretendían estudiar científicamente las sesiones espíritas al argumento deslegitimador antes expuesto esgrimido por los espiritistas. En este sentido, si Comas i Solà no estaba preparado para juzgar a Carmen Domínguez un científico metapsiquista sí debería estarlo. El capítulo nos cuenta la tensa y confusa relación entre la metapsíquica y el espiritismo a través del caso del médico leridano Humbert Torres i Barberà (1879-

1955) y la médium Marcelle Morel (n. 1885). Sin embargo, como se apunta en el libro, las repercusiones de un proyecto como el de la metapsíquica no se agotaron con su relación con el espiritismo. Los debates y controversias que suscitó la nueva ciencia, no solo entre los espiritistas, pueden verse como ejemplos programáticos de procesos mucho más amplios, conocidos por cualquier historiador de la ciencia, que tienen que ver con conceptos como los de demarcación, legitimación, exclusión, etc.

El libro de Graus contiene mucho más de lo que he podido contar en esta breve reseña. Está plagado de autores, bibliografías, nombres de instituciones y revistas y se ramifica en algunas interesantes líneas argumentativas que el lector encontrará muy interesantes e inspiradoras. En el epílogo final, la autora nos dice que «Rara vez se puede dar voz a los médiums. Este libro no ha sido una excepción en este aspecto». En mi opinión, creo que Andrea Graus sí que ha dado voz a los médiums en este libro, al menos toda la voz que un historiador podría darles. ■

Juan Marcos Bonet Safont

Instituto Interuniversitario López Piñero

ORCID: 0000-0002-9614-0205

■ **María José Correa y Mauro Vallejo.** Cuando la hipnosis cruzó los Andes. Magnetizadores y taumaturgos entre Buenos Aires y Santiago (1880-1920). Santiago de Chile: Pólvora editorial; 2019, 327 p. ISBN 978-956-9441-27-1. 15,100 CLP

La historia de la hipnosis hace algunas décadas que ocupa a los historiadores de la ciencia. Al principio, el foco fue la cuna del hipnotismo: la Francia del siglo XIX, así como otros contextos importantes para la expansión de la hipnosis entre la clase médica, como el Reino Unido. En los últimos años, se han publicado investigaciones sobre otros países europeos. Pienso en los trabajos de Kaat Wils sobre Bélgica, los de Heather Wolfram sobre Alemania, los de Emese Lafferton sobre Hungría o los de Ángel González de Pablo y una servidora sobre España. A la amplitud del marco geográfico se ha sumado un interés renovado por los magnetizadores, actores que no eran propiamente médicos, aunque muchos decían serlo, y que contribuyeron a la divulgación del hipnotismo en la esfera científica

y cultural. Con sus espectáculos itinerantes, sus sonámbulas y sus gabinetes de hipnosis, los magnetizadores se ganaron fama de fascinadores, charlatanes y curanderos; pero también de expertos en una técnica por la que muchos médicos sentían curiosidad y que, salvo en países como Francia, les era imposible aprender en la facultad o el hospital.

Cuando la hipnosis cruzó los Andes representa un paso más en esta línea de investigación que nos lleva hasta Suramérica. Escrito a cuatro manos por María José Correa (Universidad Andrés Bello) y Mauro Vallejo (CONICET), el libro traza la historia de la hipnosis en Buenos Aires y Santiago a través de cinco magnetizadores de distinta índole: Alberto Díaz de la Quintana, el conde Baschieri, el conde de Das, Leovigildo Maurica y Enrique Onofroff. Estos magnetizadores, muchos de los cuales se hacen llamar doctores o profesores, se presentan con aires de modernidad venidos del Viejo Continente para instruir, curar o simplemente entretener mediante el arte de hipnotizar. Dentro de sus diferencias, dos características parecen unirlos: su itinerancia y el hecho de ser extranjeros. Correa y Vallejo desandan las trayectorias de estos hombres para analizar las «zonas híbridas» que ocupó la hipnosis: entre la medicina y la charlatanería, la clínica y el teatro, el crimen y la terapia. En el porvenir de los hipnotizadores, se cruza la clase médica de Buenos Aires y Santiago, pero también los espiritistas y masones que les hacen propaganda, y los poderes judiciales que les persiguen. Así, tenemos un retrato plural de actores relacionados con el hipnotismo, como plurales son las fuentes que utilizan los autores: la prensa, la literatura médica, los expedientes judiciales, e incluso poesías y caricaturas que retrataron a estos personajes.

El libro se estructura a través de una introducción, cinco capítulos (uno para cada uno de los hipnotizadores mencionados) y un epílogo firmado por Annette Mülberger (Universidad de Gröningen). En la introducción, Correa y Vallejo dejan claro que la historia de la hipnosis es «itinerante», como lo son los cuerpos (hipnotizadores, sonámbulas) y los conocimientos que la acompañan. Rechazan definiciones binarias de categorías como médico y charlatán para profundizar en las «zonas híbridas» antes mencionadas.

Comenzamos el viaje en 1889 con el médico español Alberto Díaz de la Quintana, fundador de gabinetes y revistas de hipnosis en Buenos Aires, enfrentado a la clase médica y acusado de ejercicio ilegal de la medicina (primero por no validar su título, luego por suspender el examen). Junto con la sonámbula Carolina del Viso, quien ya le acompañaba en Madrid, Díaz de la Quintana se convirtió en un propagandista de la hipnosis a través de la prensa y sus inventos. Sin embargo, es en la prensa y el mercado terapéutico donde perderá la batalla del prestigio social.

El segundo capítulo aborda el caso del conde Baschieri, magnetizador y médium espiritista, perseguido por la justicia a ambos lados de los Andes. Su expediente judicial nos aprende sus prácticas de espiritismo e hipnosis, con las que decía curar todo tipo de enfermedades. Su paso por Argentina y Chile quedó asociado a la etiqueta del estafador trashumante que se vale de las modas venidas de Europa para encandilar a sus víctimas.

Etiqueta también asociada a Alberto Santini Sgaluppi o conde de Das, magnetizador italiano que ocupa el tercer capítulo, a quien Vallejo ha dedicado otro libro (*El conde de Das en Buenos Aires, 1892-1893*). Das llegó a la capital argentina en 1892 tras triunfar en Madrid, donde encandiló y fue atacado a partes iguales, incluso por Díaz de la Quintana. Alabado por espiritistas y perseguido por el Departamento de Higiene, Das contribuyó a la divulgación médica de la hipnosis, como hizo en España. Fundó el Instituto Psicológico Argentino, a medio camino entre las investigaciones psíquicas de los fenómenos espiritistas y la hipnoterapia, así como la primera sociedad teosófica de Buenos Aires (de la cual acabó expulsado). Su periplo no dejó indiferente a nadie y es un ejemplo más del papel de los hipnotizadores itinerantes como agentes científicos y culturales.

El cuarto capítulo se centra en el caso del «profesor de filosofía hipnótica» Leovigildo Maurcica. Acusado de práctica ilegal de la medicina en Santiago, Maurcica se defendió mediante su diploma internacional sobre hipnotismo y terapia sugestiva, obtenido en el *New York Institute of Science*. Algunos de estos «institutos» estuvieron patrocinados por espiritistas y fueron tildados de fraudulentos. En relación con la hipnosis, este caso pone de manifiesto la falta de canales oficiales para formarse y, en consecuencia, el florecimiento del mercado educativo alternativo, tanto extranjero como local.

Un magnetizador que se valió de este mercado mediante sus cursos de hipnotismo por correo fue Enrique Onofroff, el protagonista del quinto capítulo. Hipnotizador de espectáculo de gran fama en Europa, Onofroff fascinó tanto al público como a la clase médica en Buenos Aires y Santiago. Sin embargo, a medida que el hipnotismo perdió su carácter científico a principios del siglo xx, sus demostraciones pasaron a ser consideradas ante todo como recreativas, producto de un montaje.

Concluye el libro un epílogo de Annette Mülberger, donde se reflexiona sobre ese carácter híbrido del hipnotismo y se ponen de manifiesto algunas de las ramas que todavía nos quedan por explorar, como el papel de las mujeres, muchas de ellas sonámbulas, que acompañaban estos magnetizadores, una cuestión también señalada por los autores.

En conclusión, *Cuando la hipnosis cruzó los Andes* es un libro de gran valor para los historiadores interesados en las relaciones entre ciencia y espectáculo, medicina y charlatanería, prensa, justicia y mercado terapéutico. Es de destacar el esfuerzo de los autores por reconstruir las andaduras de estos personajes escurridizos, que hacen del escapismo y la falsa identidad su modo de vida, hecho que dificulta aún más la tarea investigadora. Resulta curioso que los cinco protagonistas del libro, a pesar de sus diferencias, compartan la cualidad de extranjero que dice traer consigo las novedades del Viejo Continente. Me pregunto hasta qué punto la combinación de extranjería, «modernidad» y Europa formaron el canon del hipnotizador en Buenos Aires y Santiago o si, con el tiempo, existieron hipnotizadores locales, aunque itinerantes, que hicieron escuela, como ocurrió en la mayoría de países europeos. Dicho de otro modo, ¿la hipnosis continuó por ser un saber extranjero? Cuestiones que esperemos sigan alimentando esta clase de investigaciones dentro y, como el presente libro nos muestra, fuera del Viejo Continente. ■

Andrea Graus

Centre Alexandre Koyré, CNRS Paris

ORCID: 0000-0002-9513-0048

■ **Josep L. Barona.** Health policies in Interwar Europe. A transnational perspective. London-New York: Routledge; 2018, VIII + 177 p. ISBN 978-0-8153-7091-8. 134,71 \$

Josep L. Barona, quien lidera el grupo *SanHiSoc/Health in Society*, en el marco del Instituto Interuniversitario López Piñero, recoge en este volumen sus investigaciones de los últimos años y es uno de los resultados de mayor envergadura del proyecto de investigación «*Políticas de Salud en la Europa del siglo XX*». El libro está publicado por la prestigiosa editorial Routledge, dentro de la colección *Routledge Studies in the History of Science, Technology and Medicine*.

Sobre una sólida base de material de archivo —a destacar, el archivo de la Sociedad de Naciones en el ginebrino y emblemático *Palais des Nations* y el Archivo de la Fundación Rockefeller en Nueva York— y una sólida, bien trabada y actualizada bibliografía crítica, el punto de partida del trabajo es la pregunta de cómo y por qué se produjo el extraordinario crecimiento de la salud pública y la

medicina social en la Europa del periodo de entreguerras. Enfocado desde una perspectiva transnacional, cuyo significado historiográfico discute y pone al día, aborda los antecedentes inmediatos y el modelo organizativo de los institutos nacionales de higiene y las escuelas nacionales de sanidad en Francia, Reino Unido, Alemania, Escandinavia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y España — entre otros países europeos— y analiza las redes de actores, las conexiones y circulaciones de conocimiento, las estrategias de intervención, las tecnologías y prácticas sanitarias, en conexión con los grandes referentes internacionales.

De los siete capítulos de los que consta el libro, con unas clarificadoras reflexiones finales, el primero de ellos nos sitúa en la propia definición de la historia transnacional, una corriente historiográfica reciente. Más allá de lo que habitualmente se estudiaba en la historia internacional —como las relaciones e influencia entre estados, profesionales o grupos sociales— este enfoque es mucho más comprehensivo, una perspectiva que va más allá de la historia global y de la historia comparada, aunque comparta elementos de las mismas (Iriye Akira, *Global and transnational history*, 2013). Sin embargo, su influencia en el campo de la historia de la ciencia y de la medicina ha sido mucho menor que en otras áreas historiográficas y eso es especialmente relevante en el caso de las políticas sanitarias, que permanecía dominado por la inercia de las narrativas nacionales. En las últimas décadas, este giro transnacional ha sido una de las novedades más relevantes de la historiografía al trascender la perspectiva de la nación como unidad de análisis y la obra que nos ocupa, es un ejemplo paradigmático.

El segundo capítulo, sobre los orígenes históricos de las políticas sanitarias, está construido con el importante bagaje de los estudios anteriores de Barona, solo o en colaboración, por ejemplo, con Josep Bernabeu (*La salud y el estado*, 2008). También el enfoque transnacional resulta de utilidad a la hora de analizar la dimensión y relevancia de las instituciones relacionadas con la higiene en diferentes países europeos en periodos previos al estudiado en el libro. Desde el punto de vista cuantitativo, en solo dos décadas, desde el último tercio del siglo XIX, se crearon una veintena de instituciones de higiene promovidas por administraciones estatales.

El importante papel de las redes de expertos en salud pública como actores transnacionales es abordado en el capítulo tercero. En el contexto de la creciente actividad de la diplomacia internacional, estos expertos llegaron a ser una herramienta crucial para la estabilización política y social y para negociar soluciones frente a problemas de salud que afectaban a varios países: elaboraban informes basados en el intercambio de experiencias y programas; participaban en comisiones técnicas, grupos de investigación y conferencias internacionales. Jugaron un papel decisivo en aspectos relevantes para el desarrollo de una «industria

científica» como la estandarización de la investigación en métodos clínicos o productos biológicos.

Sin duda las escuelas nacionales de salud pública jugaron un papel decisivo en la formación de los que serían los protagonistas de las redes de expertos en ese campo, como bien muestra Barona en el capítulo sexto, situado tras los capítulos relativos al análisis de la importancia de las organizaciones internacionales, en especial la Fundación Rockefeller y la Sociedad de Higiene de la Liga de Naciones (capítulo cuarto) y al consagrado a la creación y desarrollo de los institutos nacionales de higiene, como los institutos Pasteur y Robert Koch, la *London School of Hygiene and Tropical Medicine* o el Instituto de Higiene Alfonso XIII, entre otros (capítulo quinto). Estas instituciones nacionales fueron la matriz que permitió se desarrollaran programas de investigación en Salud Pública con el objeto de hacer frente a las enfermedades infecciosas, pero también problemas relativos a prostitución, nutrición, mortalidad infantil o beneficencia. En el capítulo seis, se describen detalladamente las características del modelo internacional de formación de la escuela Johns Hopkins de Baltimore y los cursos de higiene a nivel internacional promovidos por la Liga de Naciones en Londres y en París.

Las nuevas instituciones ligadas a la higiene tuvieron una importante influencia política cuando la enfermedad —individual o social— llegó a ser un asunto político. Los Institutos y las Escuelas de Salud Pública despegaron cuando la bacteriología, la serología y la medicina experimental abrían grandes expectativas en la lucha frente a las enfermedades infecciosas y otros problemas sociales.

Esta primera mitad del siglo xx se caracterizó también —y ello guarda relación con el tema del libro— con el interés creciente por las estadísticas sanitarias. Hubo varios debates parlamentarios sobre la puesta en marcha de la colectivización de la asistencia médica y la intervención del estado. Auge de las legislaciones en materia de salud, campañas y luchas sanitarias e instrumentos de propaganda sanitaria. Esta fuerza transnacional tenía como objetivo controlar, difundir y legitimar las políticas nacionales e internacionales en salud pública, que se configuró como un campo profesional con identidad propia y como un asunto político en manos de estos poderosos actores. Pese a la existencia de rivalidades entre grupos de investigación que competían por su prestigio y reconocimiento internacional, fueron capaces de lograr un importante grado de cohesión, compromisos y consensos en temas tan importantes como las etiquetas diagnósticas, la dosificación de sueros y vacunas o la estandarización de productos biológicos, en general.

Un interesante resultado del libro es que, sobre la base de una enorme cantidad de fuentes impresas y fuentes de archivo, se puede ver cómo la globali-

zación de la medicina social no puede ser entendida como un caso al que se pueda aplicar la perspectiva historiográfica de centro-periferia, donde prestigiosas y poderosas naciones e instituciones influenciaron otros países periféricos. Por el contrario, fue la consecuencia de alianzas entre las autoridades nacionales y grupos de expertos, procedentes de organismos internacionales. Y de forma muy importante, el papel desempeñado por la Fundación Rockefeller que financió y guio el desarrollo de la higiene pública y la salud pública en diversos países. De hecho, en palabras del autor, excelente conocedor de esta institución, la fundación fue el motor transnacional de la medicina social del periodo de entreguerras. Finalmente el cosmopolitismo como valor creciente —como ejemplo, ahí están las grandes exposiciones internacionales— ayudó a esa transnacionalidad, como signo de modernidad y progreso.

En definitiva, el enfoque transnacional que plantea el autor y su aplicación práctica en este tema monográfico confieren a la obra la calificación de importante aportación, referente obligado en la historia de la salud pública internacional durante el periodo de entreguerras. ■

Rosa Ballester

Universidad Miguel Hernández

ORCID: 0000-0002-7870-4185

Ana Laura Martín, Graciela Queirolo y Karina Ramacciotti, coordinadoras. *Mujeres, saberes y profesiones. Un recorrido desde las ciencias sociales.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos; 2009, 200 p. ISBN 978-987-691-751-3. 620 \$

Este libro surge del fructífero intercambio de las autoras en relación a las profesiones y al género en Argentina y realiza un importante aporte a la historiografía del país. Recopila trabajos que aportan una mirada histórica y feminista sobre la presencia de las mujeres en algunas de las profesiones que surgieron y se fortalecieron a principios del siglo xx hasta los años noventa. A través de conceptos como el de identidad profesional, trayectorias, procesos de formación, segregación o proyectos profesionales, las autoras reflexionan sobre la presencia de las mujeres en la abogacía, la psicología, o la ingeniería entre otras profesiones.

Luego de una robusta introducción, donde el libro se posiciona teórica y metodológicamente, se presentan once capítulos que abordan no sólo profesiones diversas sino también distintos momentos en la historia argentina.

En el primer capítulo, Ana Carolina Arias estudia a partir de fuentes documentales la trayectoria de María Angélica Barreda, una de las primeras mujeres en obtener el título de abogada, pero a quien se le negó la matrícula profesional en las primeras décadas del siglo xx. Su trayectoria demuestra los obstáculos patriarcales a lo que debieron enfrentarse pioneras como Barreda para desempeñarse profesionalmente. Entre estos, destacaron los mandatos sobre el rol que las mujeres debían cumplir dentro del hogar y como profesionales, vinculándolas a los ideales de la época sobre la familia, los cuidados y el decoro. Su matriculación, apoyada por referentes feministas, universitarios y parte de la opinión pública no fue un hecho aislado, sino que refleja el conjunto de disputas sobre el lugar social de las mujeres y su lucha por la emancipación.

El segundo capítulo, escrito por Rosario Gómez Molla, examina el paso de las mujeres por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de la Plata, entre 1900 y 1960. Los valores masculinos asignados a la abogacía, el ideal de feminidad hegemónico y las limitadas posibilidades de ejercicio profesional que tenían las mujeres fueron elementos fundamentales para que las carreras de la Facultad de Derecho no fueran las elegidas por ellas.

El capítulo de María Fernanda Lorenzo nos habla sobre Elisa Bachofen, primera ingeniera civil de Argentina y de toda América del Sur. Aborda su historia y relata cómo esta pionera abrió espacios para las mujeres, avanzando sobre múltiples barreras. Su multifacética y sobresaliente carrera profesional se desarrolló en diversos espacios públicos y estuvo comprometida con ideales feministas orientados a estimular su formación científica y técnica.

El capítulo escrito por Carla Reyna nos sitúa en Buenos Aires, entre las décadas de 1920 y 1940, para analizar el debate sobre la educación sanitaria y las fronteras profesionales entre la medicina, la enfermería, el magisterio y la asistencia social. En ese tiempo, fueron creadas las escuelas técnico-profesionales que formaban a enfermeras, visitadoras de higiene, asistentes sociales y dietistas para difundir la educación sanitaria o el «cultivo de la salud». Esta educación fue criticada, disputada y resistida, por ser considerada un dispositivo para mantener la hegemonía de la medicina frente a otras profesiones sanitarias. Así, la autora expone los argumentos médicos que justificaron la necesidad de formar «auxiliares» mujeres para el trabajo en salud y las disputas sobre jerarquías profesionales y los espacios ocupados.

Para ahondar sobre la formación de las visitadoras de higiene social, el capítulo de Canela Gavrilá se centra en la feminización profesional de la Escuela para Visitadoras de Higiene Social de la Universidad Nacional de La Plata y analiza las ordenanzas disciplinarias de la institución y los planes de estudio vigentes en

1938, 1948 y 1969. Estas fuentes permiten a la autora visibilizar las tensiones entre los contenidos ocultos y los explícitos. La conjugación de saberes científicos con las normas morales buscó mantener el carácter subordinado de las visitadoras frente a la medicina y en la intervención sociosanitaria.

El sexto capítulo del libro, escrito por Ana Paula Soláns y Carolina Ferrante, nos lleva a otro terreno: el deporte de competición. Se basa en fuentes documentales y orales para conocer la participación de las mujeres en el deporte competitivo paraolímpico argentino. Sus triunfos deportivos representaron la superación de obstáculos, no sólo en el ámbito del deporte, sino también en otras esferas de su vida ampliando sus horizontes.

El capítulo de Daniela Testa nos regresa al campo sanitario, con la terapia ocupacional, para identificar posibles explicaciones sobre el origen y la persistencia de su feminización en Argentina. A lo largo del ensayo, es posible identificar la complejidad de la feminización que significó paradójicamente la posibilidad de muchas mujeres de acceder a una formación y a un empleo.

El capítulo de Ana Briolotti nos lleva a otra profesión feminizada, la psicología, para explorar su inserción profesional en el ámbito hospitalario. Se centra en la experiencia de la primera residencia en Psicología del Hospital de Niños de Buenos Aires, del año 1966. Esta residencia facilitó una formación especializada que permitió a las psicólogas desplegar sus saberes y afirmar su autonomía.

El ensayo de Sandra Carli explora la biografía de las profesoras/investigadoras universitarias porteñas en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. A través de sus historias de vida, se revelan elementos comunes como el acceso y la permanencia desigual en la docencia y en la investigación o la dificultad para compatibilizar las tareas laborales con las domésticas y las de cuidado. Todo ello, en un contexto de limitaciones presupuestarias, de alta precariedad de los espacios de trabajo y de nuevas políticas de evaluación del trabajo académico, que acentúan las ya existentes desigualdades de género.

María Pozzio recupera la impactante trayectoria de Débora Ferrandini, una de las escasísimas mujeres sanitaristas argentinas. Gran generadora de saberes en el campo de la salud pública, Ferrandini plasmó sus ideales en la gestión pública de la salud que se caracterizaron por el cuidado de las personas, la reflexión y la producción colectiva. A la vez, articuló estas labores con su praxis sanitaria asistencial y su tarea docente, generando y transmitiendo conocimientos en todas las áreas donde se desempeñó.

Por último, el capítulo de Andrea Daverio, reflexiona sobre la reciente inserción de las mujeres en la Policía Bonaerense. A partir de entrevistas a jefas de comisarías de la mujer y familia, estudia las numerosas dificultades a las que se

enfrentan estas mujeres y cómo desde estos espacios ellas generan posibilidades de cambio. A continuación, se presentan las fuentes y la amplia bibliografía general del libro. Un último apartado, que relata brevemente la trayectoria de cada autora del libro, pone el broche final al reconocimiento de las mujeres profesionales y científicas argentinas que realiza esta obra.

Si bien el libro se focaliza en las mujeres profesionales de diversas áreas, su lectura nos ofrece pinceladas de un contexto más amplio que permite comprender la historia de las mujeres en Argentina. La presentación cronológica de sus capítulos facilita esta comprensión del contexto social de la época, así como conocer los cambios producidos en las diferentes décadas. Sin embargo, en mi opinión, esta presentación cronológica dificulta ligeramente el entendimiento de cada área profesional en particular. Destaco del libro la gran visibilidad otorgada a las pioneras de las distintas áreas profesionales. Sus capítulos saben entrelazar la diversidad de experiencias y las numerosas estrategias de resistencia que han sabido desplegar las profesionales argentinas y que, aún en nuestros días, continúan siendo necesarias para enfrentar las desigualdades. Sin duda, es un libro altamente recomendable que contribuye a la historia de las mujeres en las profesiones. ■

Lorena Saletti-Cuesta

CIECS, CONICET-Universidad Nacional de Córdoba

ORCID: 0000-0002-0989-4093

■ **Paul-André Rosental, ed.** Silicosis: A World History. Baltimore: John Hopkins University Press; 2017, ix + 279 p. ISBN 978-1-42142-155-1. 49,95 \$

La silicosis, probablemente la más letal de las enfermedades causadas por la actividad laboral a través de la historia, no es una cuestión del pasado ni circunscrita a la actividad minera. Junto a su persistencia en nuestras sociedades, observamos el resurgimiento de su incidencia en economías emergentes, donde la atención a las crecientes necesidades energéticas y de materiales de construcción conlleva un elevado precio para la salud de los trabajadores. El Programa Global de Eliminación de la Silicosis de la OIT / OMS, en marcha desde 1995, atestigua la prioridad de combatir este problema de salud pública y laboral de dimensiones

internacionales. A ello se suman los retos planteados por nuevas actividades productivas (como el *fracking*, el desgastado de ropa con chorro de arena, o la fabricación y manipulación de aglomerados de cuarzo, entre otras) que además de acrecentar los sectores de exposición han contribuido a cuestionar el conocimiento establecido sobre la enfermedad, mostrando que los riesgos provocados por la sílice desbordan a la silicosis.

La amplia historiografía existente sobre la silicosis ha desvelado los mecanismos que han permitido invisibilizar esta enfermedad profesional en los dos últimos siglos. Ahora bien, ¿puede la historia contribuir a revertir la deficiente comprensión de los riesgos de este material ubicuo en la corteza terrestre, que está en el centro de algunos de los debates científicos actuales? Diversas agencias internacionales o nacionales, como la *Agence nationale de sécurité sanitaire de l'alimentation, de l'environnement et du travail* (ANSES) francesa, están embarcadas en una profunda reflexión y actualización de sus conocimientos para poder enfrentar los retos actuales, entre ellos los derivados de la calificación de la sílice como cancerígeno humano. Los autores de *Silicosis: A World History* parecen partir del convencimiento de que una historia comparada en la que se proporcione un conocimiento solidificado sobre el tema aportaría elementos imprescindibles para alumbrar un cambio de concepción de los riesgos de la sílice cristalina en nuestros días.

El prefacio nos anuncia que la obra es el resultado de un experimento de escritura colectiva que intenta superar las limitaciones de las colecciones, en las que no siempre los contenidos dialogan entre sí. Si bien las aportaciones que componen esta obra se basan en buena medida en investigaciones originales de once casos nacionales (Alemania, Australia, Bélgica, Checoslovaquia, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido, Sudáfrica y Suiza), la vocación de proporcionar un relato global, comparado y de síntesis prevalece de forma manifiesta. Ello es producto de la intensa coordinación científica durante el desarrollo de los proyectos de investigación que sustentan la obra. Además, el texto privilegia el papel desempeñado por las dinámicas coloniales y transnacionales en la concepción del problema y en sus abordajes médico-legales y preventivos. Con ello, el libro nos brinda un conocimiento consolidado de los procesos de negociación sobre la propia definición de la enfermedad o los criterios diagnósticos, de los factores diferenciales y de los elementos comunes que han caracterizado los sistemas de reconocimiento y compensación del daño —con sus limitaciones y obstáculos—, y de las diferentes concepciones que han inspirado la prevención de la silicosis.

El texto consta de una breve introducción —en la que Paul-André Rosental presenta los elementos que permiten definir a la silicosis como una enfermedad

global y los retos que su comprensión plantea al análisis histórico—, seis capítulos y una conclusión que sirve de recapitulación sobre los desafíos que enfrentamos. En el capítulo primero (*Why is Silicosis so important?*), Gerald Markowitz y David Rosner ofrecen una suerte de introducción al marco interpretativo en el que se insertan el resto de capítulos. En el contexto de la transición epidemiológica y de la emergencia de las enfermedades crónicas, y con un modelo explicativo inspirado inicialmente por la bacteriología, la silicosis ha constituido en el siglo xx el arquetipo y el referente de la enfermedad industrial, como el cólera lo fue para las enfermedades infecciosas en el siglo precedente. Junto a los factores científicos, resulta imposible comprender el reconocimiento y el devenir de la enfermedad sin prestar atención a los procesos de transformación del trabajo (en su dimensión técnica y de relaciones laborales), a las dinámicas coloniales que explican la identificación seminal de la silicosis en Sudáfrica y en el Reino Unido, o a los procesos de olvido y generación de ignorancia y confusión en torno a los riesgos a la salud de la sílice que han contribuido a confinarlos en una entidad como la silicosis, definida de forma tan restrictiva.

Alberto Baldasseroni y Francesco Carnevale ofrecen en el segundo capítulo una amplia síntesis de las observaciones médicas sobre los riesgos de la inhalación de la sílice en la medicina occidental del siglo xix y de las interpretaciones etiológicas y patogénicas empleadas en un contexto marcado por la transición de la explicación miasmática a la teoría infecciosa y por el impacto de las ciencias de laboratorio en el quehacer anatómico-clínico. Aunque el término silicosis fue acuñado en 1871 para identificar una fibrosis pulmonar causada por la exposición laboral, el efecto confundidor de la tuberculosis relegó al polvo a un mero vehículo de transmisión del bacilo, con implicaciones evidentes en las formas de combatirlo.

El papel clave de la minería sudafricana del oro en la recuperación del protagonismo etiológico del polvo y del reconocimiento de la enfermedad como profesional en el primer tercio del siglo xx es el núcleo del tercer capítulo, firmado por Jock McCulloch, Paul-André Rosental y Joseph Melling. Los autores desgranán los determinantes técnicos, laborales, científicos, económicos y sociales de estos procesos. Especial atención merece la discusión sobre el papel jugado por la segmentación racial de la fuerza de trabajo y el racismo científico para comprender la restrictiva concepción de la enfermedad. Ésta se elaboró a partir de los registros médicos de los mineros blancos, con niveles de exposición al riesgo inferiores a la fuerza de trabajo de origen africano, con frecuencia migrante, condenándola a su exclusión en las políticas compensatorias y preventivas. Fascinante resulta también el análisis que realizan de los entresijos de la conferencia

internacional sobre la silicosis celebrada en Johannesburgo en 1930. Además de indagar sobre las agendas e intereses de la OIT y la Cámara Minera de Transvaal, responsables de su organización, los autores desgranar magistralmente los debates de la conferencia, alumbrando los potenciales caminos abiertos por la investigación científica que fueron cegados en la discusión y acuerdo final, y cuyo legado alcanza nuestros días.

Los tres capítulos restantes proponen un estudio comparado desde el período de entreguerras hasta nuestros días de los procesos de reconocimiento de la silicosis, de los factores que condicionan su permanente infra-reconocimiento en los sistemas compensadores y de las formas en que se han concebido e implementado las políticas preventivas frente al polvo, respectivamente. Martin Lengwiler, Julia Moses, Bernard Thomann y Joseph Melling analizan la conversión de la silicosis en un problema político en las sociedades industriales de la primera mitad del siglo xx. Además, proporcionan una sugerente periodización definida por la primacía de los factores locales antes de la Primera Guerra Mundial, por la creciente influencia de las dinámicas internacionales durante la etapa de entreguerras y por un proceso acelerado de reconocimiento de la enfermedad tras la aprobación de la convención de la OIT de 1934, que contempló la silicosis como enfermedad indemnizable. En el capítulo 5, Paul-André Rosental y Bernard Thomann exploran los factores sociales y políticos que han contribuido a minimizar la cobertura y el alcance de los beneficios de los sistemas de compensación. Más allá de identificar los conflictos inherentes a estos sistemas y las diversas estrategias empresariales empleadas, los autores reivindican la agencia de los trabajadores y de la ciudadanía para modular lo que parece un combate condenado al fracaso. El capítulo 6, firmado por Éric Geerkens, aborda la relación entre la silicosis y la neumoconiosis de los mineros del carbón, ilustrando la forma en que el protagonismo causal del polvo de sílice contribuyó al obscurecimiento de la capacidad patogénica de otros polvos, notablemente el polvo de carbón. Su análisis de la concepción de la prevención frente a la sílice y al polvo de carbón proporciona una rica caracterización del quehacer médico-higiénico que transitó en las décadas centrales del siglo xx desde la prevención por la selección profesional hasta la valoración epidemiológica de la efectividad de la lucha técnica frente al polvo. Una lucha técnica que encontró en los valores seguros de exposición su principal herramienta de legitimación. El estudio comparativo de la fijación de estos estándares y su evolución durante la segunda mitad del siglo xx proporciona una notable ejemplificación del cometido de la prevención técnica, concebida como un medio de prolongación de la vida laboral de trabajadores

cualificados que debía compaginarse con el mantenimiento de la rentabilidad de la actividad extractiva.

La conclusión del libro, con las firmas de Carnevale, Rosental y Thomann, es una documentada llamada de atención sobre los sectores en los que la sílice sigue exponiendo a centenares de miles de trabajadores en nuestros días a nivel global, cuestionando la extendida idea de que el progresivo desmantelamiento de las explotaciones mineras en las economías occidentales ha convertido a la silicosis en un mal sueño del pasado. Se estima que sólo en la Unión Europea hay 5,3 millones de personas potencialmente expuestas, más del 70% de ellas en el sector de la construcción. En 1997, el Centro Internacional de Investigaciones sobre el Cáncer de la OMS clasificó la sílice presente en ciertos sectores como carcinógeno humano y, desde 2012, confirmó que lo es en cualquiera de los numerosos procesos industriales en los que se emplea. Otro reto es el debate científico creciente sobre las relaciones entre exposición a la sílice y enfermedades autoinmunes como la esclerodermia sistémica, el lupus eritematoso sistémico o la sarcoidosis. El libro ayuda a entender cómo algunos de estos debates se cercenaron precozmente en el marco de las conferencias internacionales en las que se selló el reconocimiento de la silicosis como enfermedad industrial. También apunta elementos para vislumbrar la forma en que la fragmentación de los efectos de la sílice entre los múltiples sectores de riesgo ha dificultado la comprensión científica de sus daños a la salud.

Silicosis: A World History es una aportación sustancial a la historia social. Más allá de la visión global y comparada que ofrece sobre la historia de la silicosis, es un texto que ofrece claves precisas para dar respuesta a la cuestión que asalta reiteradamente a quienes trabajamos en este ámbito de la historiografía: el por qué la salud ocupacional constituye, en casi cualquier contexto nacional y período histórico, el eslabón más débil en la protección social y sanitaria. ■

Alfredo Menéndez-Navarro

Universidad de Granada

ORCID: 0000-0002-1113-6814